

Domingo de la XVII semana Tiempo Ordinario-B-
Padre Pedro José Yara Díaz

COMENTARIO

Indudablemente el milagro de la multiplicación de los panes y los peces es el más espectacular de entre los que refieren los textos evangélicos, que lo recuerdan los cuatro autores inspirados.

Pese a no ignorar lo asombroso del milagro, los comentaristas ven en él además un anticipo de la institución de la Eucaristía. Creo que tales explicaciones son las más propias de hoy y las que encontrareis, escucharéis o recordareis en otros lugares o momentos.

No niego el valor de tal admiración que conduce a la Fe, ahora bien, me fijaré yo en algún detalle de poca importancia, pero que reclama por parte de cada uno de nosotros los lectores un examen y seguramente una singular llamada la conversión. Os advierto, queridos lectores, que procuro que lo que os envío, sean datos o reflexiones que sin ser los más importantes probablemente no leeréis en otros sitios.

El texto de Juan es el único que nos dice que los panes eran de cebada. En aquel tiempo se consumían principalmente tres cereales, la espelta, trigo silvestre considerado de mala calidad, del que podían aprovecharse los más pobres. Se consideraba así en aquel tiempo y tal vez por ello se ha conservado con bastante indiferencia hasta nuestros tiempos, hasta darle publicidad el comercio, ateniéndose a los comentarios y recomendaciones de Santa Hildegarda, que en uno de sus escritos le dedica más una página y media, alabando sus virtudes. El de cebada era el que ingería el pueblo de clase media. La gente rica, o el común de las gentes en los días de Pascua, se alimentaba del de trigo, que en este periodo debía ser ácimo, es decir, compuesto exclusivamente de harina y agua, sin levadura ni sal. Obsérvese que la grandiosidad del milagro se reviste de un modesto cereal. Aquel buen y generoso muchacho lleva en su zurrón pan de cebada y pescado, en salazón seguramente, ya que no podía conservarlo de otra manera.

El pan, pues, es el más barato. Con el que se alimentaba habitualmente el pueblo que escuchaba al Señor, nada de lujos.

Come la multitud y sobran mendrugos, no hay que desaprovecharlos, dice el Maestro. ¿No es lo más importante escuchar su doctrina? ¿qué podrán hacer con estas sobras de ínfima categoría si las comparamos con las palabras del Maestro? Lo único que se nos dice es que no hay que tirarlas, deben guardarse. Ahora bien, es legítimo y exigente que nosotros nos preguntemos ¿en qué empleamos el pan que no hemos consumido en la cotidiana y familiar mesa?

¿El pan de la Eucaristía del Jueves Santo, probablemente en martes, era pan fresco y de trigo, recién salido del horno?

El pescado que procura generosamente el buen muchacho era fresco? Difícilmente podía llevar consigo pescado fresco apto para comerlo de inmediato. No hay que olvidar que el lugar del milagro se encuentra a unos 6km de Mágdala, población donde iba a parar, a vender, la pesca no consumida el mismo día de captura y que sometida a salazón permitía ser conservado y transportado en un morral como el del anónimo chico, o exportarlo a la mismísima ciudad de Roma.

Se les procuró al pueblo un alimento que saciaba su hambre y hoy diríamos también equilibrado en proteínas e hidratos de carbono, sin ningún otro aderezo. Sencilla comida ¿lo es la que habitualmente nos procuramos? Aunque una reflexión y examen respecto a nuestro proceder diario pueda parecerse banal, creo yo que algo bueno aprenderemos, respecto al pan u otros alimentos. Mendrugos secos pueden convertirse en pan rayado o el pescado conservado en escabeche. ¿aprovechamos la nevera o el congelador para imitar aquellos consejos que a sus discípulos les dio el Señor? Debemos atenernos a sus criterios y hoy en día sentirnos solidarios de los muchos que cada jornada mueren de hambre.

TEXTOS

del segundo libro de los Reyes 4, 42-44

En aquellos días, uno de Baal-Salisá vino a traer al profeta Eliseo el pan de las primicias, veinte panes de cebada y grano reciente en la alforja. Eliseo dijo:

—«Dáselos a la gente, que coman».

El criado replicó:

—«¿Qué hago yo con esto para cien personas?».

Eliseo insistió:

—«Dáselos a la gente, que coman. Porque así dice el Señor: Comerán y sobrarán».

Entonces el criado se los sirvió, comieron y sobró, como había dicho el Señor.

de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 4, 1-6

Hermanos:

Yo, el prisionero por el Señor, os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados.

Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos, sobrellevaos mutuamente con amor; esforzaos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todo, que lo trasciende todo, y lo penetra todo, y lo invade todo.

del santo evangelio según san Juan 6, 1-15

En aquel tiempo, Jesús se marchó a la otra parte del lago de Galilea (o de Tiberíades). Lo seguía mucha gente, porque habían visto los signos que hacía con los enfermos.

Subió Jesús entonces a la montaña y se sentó allí con sus discípulos.

Estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos. Jesús entonces levantó los ojos, y al ver que acudía mucha gente, dice a Felipe:

—«¿Con qué compraremos panes para que coman éstos?».

Lo decía para tentarlo, pues bien sabía él lo que iba a hacer.

Felipe contestó: «Doscientos denarios de pan no bastan para que a cada uno le toque un pedazo».

Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dice:

—«Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y un par de peces; pero, ¿qué es eso para tantos?».

Jesús dijo:

—«Decid a la gente que se sienta en el suelo».

Había mucha hierba en aquel sitio. Se sentaron; sólo los hombres eran unos cinco mil.

Jesús tomó los panes, dijo la acción de gracias y los repartió a los que estaban sentados, y lo mismo todo lo que quisieron del pescado.

Cuando se saciaron, dice a sus discípulos:

—«Recoged los pedazos que han sobrado; que nada se desperdicie».

Los recogieron y llenaron doce canastas con los pedazos de los cinco panes de cebada, que sobraron a los que habían comido.

La gente entonces, al ver el signo que había hecho, decía:

—«Éste sí que es el Profeta que tenía que venir al mundo».

Jesús entonces, sabiendo que iban a llevárselo para proclamarlo rey, se retiró otra vez a la montaña él solo.